



CAPITULO VI

DONDE SE DA CUENTA DEL ÁGAPE QUE HONRÓ CON SU PRESENCIA
D. QUIJOTE DE LA MANCHA

Llegados al pueblo, hizo el vicario una breve plática alabando la piedad de sus feligreses y exhortándolos para que concurriesen todos con el mismo objeto la semana venidera. Dispersóse la gente, fuera de los curas vecinos y más eclesiásticos que tenían ese día mantel largo en casa de su huésped. De apacible genio y nada rencoroso debía de ser el señor vicario, cuando lejos de toda inquina, convidó con suaves razones á su vencedor; si no era que, conociendo su locura, le movía antes la compasión que el deseo de vengarse. Era regular hubiera entre las personas del concurso algunas más ó menos instruidas en materias de caballería, puesto que, echando leña al fuego, le sacaban de juicio al aventurero con una furia de dudas y argumentos. «¿Cree vuesa merced en esas cosas como en artículos de fe?», le preguntó un religioso cuya respetable gordura se le escurría un tanto por la jovialidad de su genio: trabajo le mando de que me nombre algún autor católico que hubiese escrito esas historias como ciertas; ni podría citarme un solo caballero andante, sino de imaginación.

«Lanzarote y D. Tristán,
Y el rey Artús y Galbán
Y otros muchos son presentes
De los que dicen las gentes
Que á sus aventuras van.»

respondió D. Quijote. Y no se me dirá que Alvar Gómez de Cibdad Real hubiese sido pagano, ni historiador de poca fama. Duden vuestas mercedes de Esferamundi ó del obispo Turpín; pero habrán de dar asenso á testigos como Santa Teresa, quien gustaba de la caballería, en términos que á su parecer eran cortos los días y las noches para saborearse con sus aventuras; y aun sucedió que muy de propósito compusiese un libro, cuyo argumento son las de un caballero famosísimo. — Si nuestra madre Santa Teresa ha escrito jamás ese menguado libro, replicó el fraile, él fué, sin duda, una de las causas de sus inquietudes y pesadumbres posteriores; mas nadie sostendrá que en tales nonadas se hubiese ocupado durante la madurez de su juicio y virtud. — El gran Carlos V. dijo D. Quijote, era lector infatigable de libros andantescos, y pudo renunciar la corona imperial, mas no prescindir de esas historias. — El emperador las habla prohibido, arguyó el fraile; si él, por lo que tocaba á él, no hizo caso de su prohibición, lo hemos de atribuir á flaqueza, y como hombre, no le podían faltar. ¿Pero cuáles son los caballeros andantes que realmente han existido y hecho lo que de ellos se cuenta? — ¿Cuáles?, respondió D. Quijote; el Caballero de la Fortuna, el del Ave Fénix, el del Unicornio; D. Amadís de Gaula, D. Amadís de Grecia; Tirante el Blanco, Tablante de Prícamonte, Félix Marte de Hircania; D. Cirongilio de Tracia, D. Siloís de la Selva, D. Briances de Boecia; Reinaldo de Montalbán, Esplandián, Galaor, el príncipe Rosicler, y toda esa gloriosa falange que por sus altos hechos vive en la memoria de las gentes. — Si vuesa merced da por inconcuso cuanto de esos fantásticos personajes se refiere, dijo uno de los coadjutores, habrá de convenir asimismo en la existencia de los mágicos, nigromantes y adivinos, los gigantes y las gigantas, los jayanes y las jayanas de que están rebotando esos libros del demonio. — ¿Quién duda de todo eso?, respondió D. Quijote. ¿Qué fué Merlín sino un sabio encantador? ¿Qué Artemidoro sino un famoso adivino? ¿Qué Morgaina sino una incomparable mágica? — ¡Dios nos asista!, exclamó el fraile. ¿Ahora va á probarnos vuesa merced que has-

ta las mujeres se han metido en esas herejías? — Ni lo podían por menos, respondió D. Quijote; Morgaina, Urganda la desconocida, Hipermea, la dueña Fondovalle, Alcina, Melisa, Logistila. ¿Piensa vuesa paternidad que Onoloria, la sin par Oriana, Polinarda, Florisbella, la linda Magalona, la princesa Cupidea, la reina Ginebra y otras muchas no han existido real y verdaderamente? ¿Pues á quiénes amaron, por quiénes vivieron muriendo esos que se llamaron Lismarte de Grecia, Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra, Esplandián, el valiente Pierres? — Luego el fin de esa profesión no es tan católico, replicó el fraile en tono recalcado y zahiriente. — Su fin es el desagravio de las doncellas ofendidas, dijo D. Quijote, el socorro de las viudas angustiadas, la humillación de los soberbios; su fin es acudir al menesteroso, levantar al caído, valer al indefenso. Si todo esto no es católico, ponga vuesa merced ahora mismo en entredicho el reino de la caballería, y priveles del agua y del fuego á sus campeones. — Al contrario, señor caballero, si las aventuras son de las romanas, digo, de las apostólicas, no es imposible que yo abrace la carrera de las armas, en pudiendo haber frailes andantes. — No sé, repuso D. Quijote; no me acuerdo haberlos hallado en mis viajes ni en mis libros. — Ya le quisiera yo ver á fray Pancracio encambronado á lo barón de la Edad media, dijo un vejarro que comía á la esquina de la mesa; si bien me temo que no hubiera peto ni ventrera para su persona. ¿Propónese llevar el coselete con todas sus piezas? Coraza, espaldar y brazales; escarcela y greba; capellina y yelmo con su respectiva visera; *aindamáis* la manopla de hierro: fuera en verdad cosa de ver. — Y muy de ver, hermano Paco, respondió el flexible y avenidero religioso. Pero ya el señor don Quijote me ha desviado de mi resolución: si no hay frailes andantes, me debo estar humildemente en mi abadía. — Si ya no quisiere vuesa merced, dijo D. Quijote, venirse conmigo á título de capellán, con cargo de ir absolviendo á los que yo fuere derribando. Pero ni esto se me acuerda haber visto en las historias; y lo mejor será siga adelante cada cual en su manera de vida y profesión. — ¿Luego vuesa merced no aprueba el modo de pro-

ceder de Carlos V, que deja á un lado el cetro del mundo, y se humilla y evangeliza hasta el extremo de pasar á un monasterio á llamarse fray Carlos simplemente? — Si yo ganare un imperio, será para regirlo, dijo D. Quijote; y no por medio de privado ni valido, sino en persona. — ¿Se siente vuesa merced, señor don Quijote, con el numen y el tacto que se han menester para el mando de un gran pueblo? Cosa delicada es, señor: muchos reinan, pocos saben gobernar. El que se halla al frente de un imperio ha de saber gobernar; y en sabiéndolo, no ha menester palaciegos favorecidos que le desacrediten por una parte y le defrauden de su gloria por otra. La sabiduría en ninguna parte es más útil á los hombres que en el trono; y el cetro, ó el poder, en ninguna mano está mejor que en la del sabio.



CAPITULO VII

DONDE CONTINÚA EL FESTÍN DEL CURA, DADO CON LA OCASIÓN
QUE YA SABEMOS

Las razones de D. Quijote eran muy bien pesadas en ciertas materias; pero como lo que los clérigos querían era hacerle desbarrar, el más socarrón le dijo: «Si vuestra merced da por punto indiscutible la existencia de las hechiceras, no dudará tampoco de las gigantas. — Ahí está Batayaza, respondió don Quijote; ahí está Gregasta; ahí están Gadalesa y Gadalfea. Y la hermosa jayana Pintiquiniestra ¿no es bien conocida en el mundo? — ¿Quién es esa Pintiquiniestra?, preguntó el vicario: trabajo le mando al Sr. D. Quijote de que nos enseñe ese nombre en el santoral. — Lo hallará vuesa merced en el santoral de las amazonas, replicó el hidalgo, de quienes fué reina esa princesa; y «era hermosa como un ángel» y tenía los ojos grandes como estrellas. — ¿Las amazonas, tornó á preguntar el vicario, no son esas gentes á quienes llaman de menguadas tetas? — Sí, señor, respondió D. Quijote, á causa que se cortan la una, para disparar la flecha con más comodidad. — Pero no solamente la Iglesia, mas también el poder civil se declaran contra esas peligrosas fantasías, Sr. D. Quijote: en prueba de esta aserción, no tengo sino echar mano por cualquier código de España.» Y levantándose el vicario con el permiso de sus comensales, tomó de su estante un libro, desempolvólo con alentar en él, lo hojeó no sin

maestría, y leyó: «Otro sí decimos que está muy notorio el daño que hace á hombres mozos é á doncellas é á otros géneros de gentes leer libros de mentiras, como son *Amadís* y todos los que después del se han fingido de su calidad y letura, coplas de amores, farsas y otras vanidades; y aficionados los tales hombres mozos y las tales doncellas á esas fantásticas sotilezas, cuando algún caso se ofrece así de armas como de amores, danse á ellos con más rienda suelta que si no los oviesen leído: y muchas veces deja la madre la hija encerrada en casa, creyendo la deja recogida, y queda leyendo en estos libros semejantes del demonio, embelesados en aquellas maneras de hablar, é aficionados á aquellas cosas.» — Así pues, vuesa merced, como buen cristiano, ha de atenerse á los preceptos de nuestra santa madre Iglesia, la cual no cree en magia negra ni blanca, en caballería andante ni echante, sino en la Santísima Trinidad y en la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. — Si fuera que vuesa merced, respondió D. Quijote, hablara yo con más seso y puntualidad. Caballería echante, será la de los que lo pasan entre flores, sin más imposición que la cura de almas, echados ó sentados, solos ó en buena compañía. — Mire vuesa merced este capón, le dijo su vecino en voz apacible para amansarle, cuán bien tostado aparece, y cómo provoca su pechuga blanca y sedosa: acéptelo, y luego estas albondiguillas que no hay más que apetecer, tras las que vendrá oliendo á poleo un traguito de ese moscatel añejo. — No más que por reducir á vuestas paternidades al trance de una batalla, repuso D. Quijote, negaré por un instante la existencia de San Pedro, si me apuran con esto de albondiguillas. — ¿Y no temerá vuesa merced incurrir en pena de excomunión *late sententiæ*?, preguntó en tono de amenaza uno de los clérigos.

«El papa cuando lo supo
Al Cid le ha descomulgado:
Sabiéndolo el de Vivar
Ante el Papa se ha postrado:
Absolvedme, dijo, Papa,
Si no seraos mal contado.»

respondió D. Quijote con cierto retintín que hartó estaba demostrando su intención. — Todo lo que aquí se ha dicho ha sido en vía de pasatiempo, dijo el vicario, y á manera de controversia pacífica, por atersar el ingenio, el que suele empañarse cuando no se le rebruñe con la disputa. Pero dudar de la caballería andante, allá se iría con dudar del ave Fénix. Sólo si deseara yo que el Sr. D. Quijote se retractara de lo que ha dicho respecto de San Pedro, por si en ello consistiese la salvación de su alma. — En esto de cantar la palinodia, respondió don Quijote, suele haber un tanto de vergüenza, aunque el que la canta obra influido, no por el interés y la amenaza, sino por la manifestación de la verdad. Los hombres somos así: lo que una vez afirmamos lo sostenemos á capa y espada, como si en el dar un paso atrás fuese de la honra y no de la negra honrilla. Yo tengo para mí que presupone más valor el combatirse uno consigo mismo y vencerse en pro de la justicia, que el llevar adelante errores declarados ó necias pretensiones. En este concepto, si algo senté de pecaminoso, me desdigo: la andante caballería en ninguna manera se opone á la doctrina cristiana; antes los más renombrados caballeros han sido, no sólo creyentes humildísimos, sino también rezadores y devotos. D. Belianís de Grecia, en medio de la fogosidad de su carácter, dando y recibiendo cuchilladas, era un santo. Florindo de la Extraña Ventura hacía milagros, ni más ni menos que San Diego. «Mi Dios y mi dama» es nuestra divisa; y primero que embistamos con el enemigo, es obligación nuestra encomendarnos á ellos. — Conforme á ese principio, dijo uno de los religiosos, vuesa merced debe de tener su dama, ya que sin el nombre de ella, la divisa sería incompleta. ¿O es por ventura caballero novel y solitario? — Si la modestia no me lo estorbara, respondió D. Quijote, diría que soy de los más provectos y enamorados; mas como las alabanzas propias deslustran hasta los timbres verdaderos, me he de contentar con decir á vuesa merced que no hay caballero andante sin dama, y que la de mis pensamientos es la nata de la hermosura. — Sea vuesa merced servido, tornó á decir el fraile,

de ponernos al corriente del nombre y la prosapia de esa gran señora. ¿Debe de pertenecer á la gran casa de Béjar, si ya no fuese de la de Benavides de León? — Nada de eso: la mía es la sin par Dulcinea del Toboso. — ¿Duquesa de Arjona ó del Infantado, ó marquesa de Algaba y de los Ardales? Dígame vuesa merced la nariz que tiene, si aguileña, si arremangada, y al punto declaro á cuál de las casas grandes de España pertenece. — Los duques de Medina de Rioseco la tienen un tanto repulgada; indicio de altivez, mas no de malevolencia. Los de Pastrana, al contrario, la suelen inclinar hacia la boca. La familia de los Portocarreros de Varón, condes de Medellín, la usan con las ventanas más que medianamente abiertas, lo que indica sangre ardiente é impetuosidad amorosa. La de los Men Rodríguez de Sanabria tiene el tabique echado hacia fuera, y con esto manifiesta la soberbia de su raza; mientras que en los marqueses de Carcasena, ella es chupada como fuelle dormido, señal de blandura de genio, aunque no de prodigalidad. Los Ladrones de Guevara, condes de Oñate, son de nariz combada como si hubieran nacido para el trono.» respondió D. Quijote con oportunidad, y alzados los manteles, se levantaron los señores, después de una corta dación de gracias al que nos ofrece el pan de cada día. El cura invitó al caballero á visitar su fábrica, en donde le haría ver, dijo, una capilla famosísima que había quedado en pie por milagro especial del santo dueño de ella.